

*JUNTO A JESÚS,
JOSÉ Y MARÍA,*



*peregrinamos con
Esperanza y Valentía*



Anexo 1º Encuentro

CARTA APOSTÓLICA: PATRIS CORDE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

con motivo del 150.º aniversario de la declaración de San José como patrono de la Iglesia Universal

A. Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio»[\[18\]](#).

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que explica, sino una vía que acoge. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (Jb 2,10).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (Mt 1,20), parece repetirnos también a nosotros: “¡No tengan miedo!”. Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede

hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (1 Jn 3,20). El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios» (Rm 8,28). Y san Agustín añade: «Aun lo que llamamos mal (etiam illud quod malum dicitur)»^[19]. En esta perspectiva general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste. Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelen. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó “con los ojos abiertos” lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona. La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1 Co 1,27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero^[20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. Lc 15,11-32).

¿Qué gritos de las realidades juveniles nos desafían más en este momento? (AN 2020)

En el comienzo de este proceso de asamblea nacional, intentamos escuchar los gritos de las realidades juveniles que nos desafían. Los mismos fueron sistematizados y se presentan agrupados por temáticas, y ordenados de mayor a menor grado de importancia, dentro y fuera de la temática.

1. Poca valoración y sentido a la vida: el suicidio, la falta de proyecto de vida, el aborto,

la superficialidad, la depresión, el vacío existencial, la cultura del descarte.

2. La Ideología: el materialismo, el impacto de las diferentes ideologías, el relativismo,

el individualismo, las ideologías contrarias, la homofobia, las ideologías extremistas, la ley

de género, el cuestionar todo, los nuevos interrogantes.

3. Las adicciones: las drogas, el alcoholismo, los videojuegos.

4. La soledad: la ausencia de la familia, la fragilidad de los vínculos, la tendencia depresiva, los abandonados, el vacío espiritual.

5. El acompañamiento: Más apoyo de los adultos, motivación, la contención, no estar solos.

6. La afectividad: No sentirse amado, la baja autoestima, los problemas familiares, el no ser aceptados, la falta de contención, no sentirse sostenidos, los vínculos pasajeros, la falta de vínculos, las heridas del corazón, sentirse valorados.

7. La pobreza: la falta de recursos, la estigmatización, los jóvenes en las calles, la crisis económica, los jóvenes excluidos, la pobreza espiritual, las problemáticas socioeconómicas.

8. No ser escuchados: poder decir cómo se sienten, la escucha respetuosa, la escucha comprometida, el quedarse afuera.

9. *La violencia: la sociedad violenta, la violencia de género, el bullying, el cyberbullying, el maltrato, los abusos.*
 10. *La sexualidad: Los embarazos a temprana edad, el sexting, el grooming, la pornografía, la diversidad sexual.*
 11. *La desesperanza: la falta de visión ante la pandemia, el desaliento, la falta de motivación, el no tener fe en el futuro, el sin sentido, el desánimo, las frustraciones, la tristeza.*
 12. *La integración y la identidad: La falta de integración, la inclusión, la necesidad de un lugar, el encuentro entre pares, la falta de identidad, la falta de pertenencia, las distancias.*
 13. *El desempleo: la falta de trabajo y la precarización laboral.*
 14. *La falta de fe y de religión: la coherencia de vida, el encuentro con Cristo, los que no conocen la fe, las dudas de fe, las estructuras rígidas, el no hacer procesos, el aguar el Evangelio, la falta de pertenencia a la Iglesia.*
 15. *La desigualdad: la desigualdad de género, la desigualdad socioeconómica, la desigualdad cultural, la desigualdad política, la falta de oportunidades, la falta de educación, la discriminación.*
 16. *La formación y espiritualidad: el encuentro con Jesús, formación adaptada a los jóvenes, la falta de oración, el encuentro con la Palabra.*
 17. *La virtualidad: la tecnología que nos aleja, los cambios constantes, la inmediatez en las redes, crecer en las propuestas virtuales.*
 18. *La salud mental: la depresión, la ansiedad.*
 19. *La falta de educación: la deserción estudiantil.*
-

Diversidad y Cultura del Encuentro (A.N. 2020)

«Queremos ser una **Iglesia Joven y Sinodal, que abre puertas y ofrece espacios a todos y a cada uno de nuestros jóvenes**, recibéndolos con la vida como viene: con sus dudas, sus problemas, su búsqueda de identidad, sus errores, sus historias, sus experiencias de pecado, todas sus dificultades; a aquellos que tienen **otras visiones de la vida**, profesan otros credos o se declaran ajenos al horizonte religioso.»

Los jóvenes de Argentina queremos concretar esta opción por la diversidad y la cultura del encuentro. Esto implica una constante búsqueda de cercanía con el joven, dentro y fuera de la Iglesia. Buscamos generar propuestas nuevas y creativas para compartir a Dios a través del arte, la música, la escritura, etc. habilitando espacios que acerquen a través del lenguaje, la cultura y los estilos propiamente nuestros, y que impulsen y sostengan una significativa presencia en ámbitos como las escuelas o universidades. “En algunos jóvenes reconocemos un deseo de Dios, aunque no tenga todos los contornos del Dios revelado. En otros podremos vislumbrar un sueño de fraternidad, que no es poco. En muchos habrá un deseo real de desarrollar las capacidades que hay en ellos para aportar algo al mundo. En algunos vemos una sensibilidad artística especial, o una búsqueda de armonía con la naturaleza. En otros habrá quizás una gran necesidad de comunicación. En muchos de ellos encontraremos un profundo deseo de una vida diferente. Se trata de verdaderos puntos de partida, fibras interiores que esperan con apertura una palabra de estímulo, de luz y de aliento” (Ch.V. 84). En esta búsqueda “de joven a joven”, nos parece necesario atender a “propuestas concretas orientadas a renovar la pastoral juvenil y a

liberarla de esquemas que ya no son eficaces porque no entran en diálogo con la cultura actual de los jóvenes” ([Ch.V.](#) 208).

Los jóvenes queremos comprometernos en la construcción de una pastoral sinodal, de diálogo y trabajo en red con las distintas pastorales de nuestra Iglesia. Buscamos una pastoral activa, que llegue con propuestas claras y concretas a todos los jóvenes. Una pastoral que cree lazos fuertes y auténticos entre los distintos carismas (movimientos) de nuestra Iglesia. Una pastoral que acoja los signos de los tiempos, lo diverso, los cambios, las diferencias entre los jóvenes. “No se trata de que todos seamos más light o de que escondamos las convicciones propias que nos apasionan para poder encontrarnos con otros que piensan distinto. Si uno cree que el Espíritu Santo puede actuar en el diferente, entonces intentará dejarse enriquecer con esa luz, pero la acogerá desde el seno de sus propias convicciones y de su propia identidad. Porque mientras más profunda, sólida y rica es una identidad, más tendrá para enriquecer a los otros con su aporte específico” ([Q.A.](#) 106).

Entendemos que es primordial ser testimonio del amor de Dios en nuestras vidas, dando un mensaje de libertad en la elección de seguir a Cristo. Debemos demostrar que no se trata de una religión sin vida, sino que vivifica a través del amor. Queremos invitar a otros jóvenes a este “gran proyecto”, evitando pregonar prohibiciones. Una invitación que sea del estilo “mirá, por acá hay una opción, un estilo de vida que podés elegir”. Queremos estar presentes en la vida de los y las jóvenes que recién empiezan una vida parroquial, que utilice un lenguaje amoroso, sin tanta estructura, un lenguaje que acoja. “La evangelización está esencialmente conectada con la proclamación del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado. Muchos de ellos buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro (...). Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino «por atracción»” (cf. [E.G.](#) 14).

Tenemos el desafío de estar siempre insertos en la realidad de nuestros jóvenes, para acompañarlos en la diversidad propia de nuestro tiempo, y en especial a aquellos que están atravesados por las problemáticas actuales. “La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. (...) Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad, y tampoco las puertas de los sacramentos deberían cerrarse por una razón cualquiera. (...) A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida auestas” ([E.G.](#) 47).

Al respecto del diálogo con el mundo de hoy, Francisco nos invita a “desarrollar una cultura del encuentro, que vaya más allá de las dialécticas que enfrentan. Es un estilo de vida tendiente a conformar ese poliedro que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices. Entonces, hablar de “cultura del encuentro” significa que como pueblo nos apasiona intentar encontrarnos, buscar puntos de contacto, tender puentes, proyectar algo que incluya a todos. Esto se ha convertido en deseo y en estilo de vida. El sujeto de esta cultura es el pueblo, no un sector de la sociedad que busca pacificar al resto con recursos profesionales y mediáticos” ([F.T.](#) 215-216).

Con mucha claridad es que queremos recibir a todos los jóvenes, y especialmente a aquellos con otras visiones de la vida, que profesan otros credos o se declaran ajenos al horizonte religioso. Queremos hacerlo sin matices o bemoles. Con mucha resolución Francisco nos expresa que “en un verdadero espíritu de diálogo se alimenta la capacidad de comprender el sentido de lo que el otro dice y hace, aunque uno no pueda asumirlo como una convicción propia. Así se vuelve

posible ser sinceros, no disimular lo que creemos, sin dejar de conversar, de buscar puntos de contacto, y sobre todo de trabajar y luchar juntos (...). La fuerza de lo que une a todos los cristianos tiene un valor inmenso. Prestamos tanta atención a lo que nos divide que a veces ya no apreciamos ni valoramos lo que nos une. Y eso que nos une es lo que nos permite estar en el mundo sin que nos devoren la inmanencia terrena, el vacío espiritual, el egocentrismo cómodo, el individualismo consumista y autodestructivo” (Q.A. 108).

